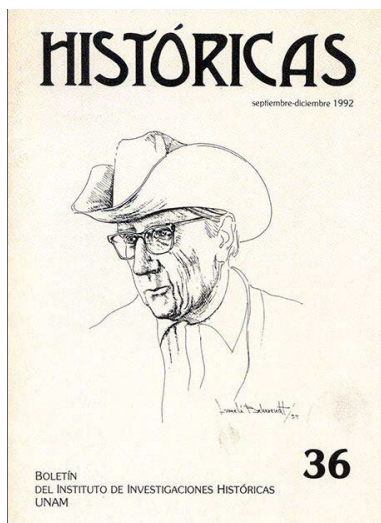




Artículo: In memoriam. Ortega y Medina, J.A
Autor(es): MacGregor, Josefina
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 36
Año: 1992
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: MacGregor, Josefina. "In memoriam. Ortega y Medina, J.A" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 36 (1992): p. 28-31. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3797>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

In memoriam

Josefina Mac Gregor*

Fui alumna del doctor Ortega y Medina en la Facultad de Filosofía y Letras, y no quiero parecer oportunista: no fui su discípula —lo que en sentido estricto significa el vocablo en términos de guía y cercanía—; y tampoco lo fui a través de su obra escrita —que siempre leí con gusto y con el propósito de aprender— pues nunca cultivé los temas por él estudiados, aunque debo reconocer que mi interés por las cuestiones historiográficas y la manera de concebirlas indudablemente surgieron de sus enseñanzas.

Mi intervención en este homenaje al doctor Ortega obedece a que se me invitó a participar porque nunca he ocultado el gran afecto y admiración que siempre he profesado por él, y porque deseo unirme a este reconocimiento desde mi particular perspectiva: la de una alumna que lo siguió muy de cerca en sus cursos, cautivada por su perspectiva de análisis y el rigor de sus clases. Por ello, en estas líneas me referiré de manera puntual al valiosísimo trabajo docente de don Juan. Don Juan, pues sus alumnos así solíamos referirnos a él de manera afectuosa en su ausencia, si bien en su presencia retornábamos al formal doctor Ortega para dirigirle la palabra.

En este breve homenaje, pero no por ello menos sentido, deseo abordar específicamente dos puntos, a sabiendas que con ellos no se agota el tema: por un lado, a sus clases y, por otro, a aquellos de sus escritos que pretendían tender un puente entre los preceptos docentes y el ejercicio práctico profesional.

Don Juan fue mi maestro en cuatro cursos: dos de historiografía general y dos de Angloamérica colonial. Es ciertamente muy difícil de describir la impresión que causa a un joven que está iniciando sus estudios facultativos la sabiduría, dominio del aula y presencia de un historiador como el doctor Ortega y Medina, quien lo introducía a uno en una materia hasta ese momento desconocida inclusive de nombre: la historiografía. Baste decir que a través de los años, muchos años ya, la impresión perdura, que la huella es profunda y que el maestro mantiene sus dimensiones de modelo, modelo que se sabe imposible de asemejar siquiera.

* Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Cada clase de historiografía era una conferencia de la cual sus alumnos no queríamos perder palabra, por lo que me parecía que tomar apuntes era una pérdida de tiempo al no poder anotar todo lo expresado por el maestro: nombres, datos que por vez primera escuchábamos, análisis detallados que aún no sabíamos que lo eran, comparaciones, analogías que nos transportaban a través de los tiempos. Todo enmarcado en un uso impecable del idioma, el manejo sutil de la ironía y la presencia de un fino sentido del humor que nos permitía sonreír y gozar de una clase en medio del rigor con que los diferentes temas se manejaban.

Cómo olvidar que, para atender a ese grupo gigantesco de ciento veinte alumnos, don Juan contaba con el apoyo de tres ayudantes: Francisco Durán, Eva Taboada y Elías Trabulse; cómo no recordar aquella inmensa bibliografía de cuatro páginas tamaño oficio y el estupor que nos causó su respuesta cuando preguntamos cuáles libros íbamos a leer de ella y él nos contestó que todos; cómo no tener presentes aquellas primeras lecturas — mal hechas por cierto y peor analizadas — de Herodoto, Tucídides, Julio César, De Fiore, Maquiavelo y Vico, entre otros, y que él nos ayudó e impulsó a mejorar; cómo no traer ahora a colación aquel consejo suyo que rezaba que para ser buen historiador se requería “jarabe de codos”, a saber: sentarse frente a un escritorio, apoyando en él justamente los codos, para leer y trabajar incansablemente; y cómo borrar de la memoria aquellos temas de examen en los que se compendia, de una u otra manera, todo el programa del curso, y en los que el doctor Ortega calificaba, aun cuando nos permitía consultar apuntes y libros, la creatividad — ¡novísima palabra para nosotros! — de sus alumnos.

Pero así como nos introducía a un estudio tan tradicional, eje y sostén de nuestra carrera, también nos enfrentaba con sus investigaciones más recientes. Don Juan era de los que sostenían que los cursos para los estudiantes de historia debían ser monográficos. Así, tuve la oportunidad, junto con otros compañeros, de conocer sus estudios sobre la evangelización puritana en los Estados Unidos, aun antes de que su libro saliera a la luz pública. De esta manera, sus alumnos teníamos las primicias — notable forma de enseñar — de su obra: sus inquietudes, sus hipótesis y los caminos seguidos en la investigación, pues en clase nos iba develando poco a poco todas estas cuestiones y, de ese modo, nosotros conocíamos muy de cerca su forma de trabajo, misma que pudimos — de quererlo — aplicarla por nuestra cuenta a los mismos temas dilectos del maestro o a otros, los preferidos por nosotros.

Pero la generosidad de don Juan como maestro fue todavía más allá. Como docente de niños y adolescentes que había sido, conocía las numerosas dificultades que los alumnos deben vencer para realizar una tarea práctica y aplicar los conocimientos adquiridos; por ello se preocupó, por un lado, por elaborar documentos ejemplificadores de lo que significaban

en la práctica la heurística y la hermenéutica, y, por otro, por ofrecer en un libro ejemplos personales de "las tareas históricas *menores* que todo historiador o profesor de Historia está obligado a realizar como parte importante de su profesión".

Precisamente por esa vena docente que le impuso ejercer el magisterio como parte vital de su existencia, don Juan preparó aquel texto que repartía a sus alumnos de introducción al estudio de la historia, y del cual nos beneficiamos aun los que no tomamos el curso, en el que se apreciaba con claridad de qué manera el historiador enfocaba su atención en un problema, en este caso el juramento del Juego de Pelota en Francia en 1789, y cómo realizaba todas las etapas de su trabajo. Así, el doctor Ortega iba dando cuenta, sucesivamente, de las fuentes relacionadas con el tema, a la vez que las sometía a una crítica y confrontación rigurosas, para, por último, con el material ya depurado, ofrecer una breve versión, la más verosímil, de los hechos.

Con este escrito de unas cuantas páginas, los estudiantes de entonces podíamos observar muy de cerca el oficio, el oficio que queríamos aprender a realizar y que don Juan estaba dispuesto a enseñarnos.

También con el explícito propósito de servir de "aparato didáctico a los estudiantes que en nuestras facultades y escuelas superiores cursan la carrera de Historia", don Juan armó aquel manual de regular tamaño titulado *Ensayos, tareas y estudios históricos* que publicó la Universidad Veracruzana en 1962. En él ofrecía, en cinco apartados, una información historiográfica —en la siempre modesta opinión del autor "peor o mejor lograda"—, pero, sobre todo, proponía ejemplos concretos y magistrales de lo que son los ensayos, las recensiones, los prólogos, los comentarios bibliográficos y las crónicas históricas. Al presentar su trabajo, el mismo doctor Ortega asentó:

Constantemente los profesores de Historia exigen a sus alumnos facultativos trabajos escritos que éstos con dificultad elaboran por desconocer la técnica apropiada, y, sobre todo, por no tener dechados que recrear y superar, de acuerdo con la regla ideal del buen discípulo. Aunque para tales trabajos historiográficos no hay reglas fijas ni recetas de fácil aplicación, hemos procurado en estos ejemplos nuestros recoger una serie varia de textos desperdigados para brindar con ella un mínimo de modelos didácticos o ejemplos de confección historiográfica. Estos modelos o dechados posiblemente no son tan excelentes como hubiéramos deseado; pero sí son, modestamente, los mejores que nosotros podemos ofrecer.

Bien sabía don Juan que no era posible preparar a los jóvenes aprendices si no predicaba con el ejemplo, y un ejemplo para todos nosotros fue su vida dedicada al estudio de la historia y su enseñanza.

El doctor Ortega y Medina pertenece ahora, como perteneció en vida, a ese selecto grupo de los grandes maestros que encarnan el espíritu humanista y la tradición universitaria, y que son —por eso mismo— un manantial inagotable en el que sus alumnos podemos abreviar para tratar de mantener —en los limitados campos de nuestras escasas posibilidades— su preocupación universal por el hombre en su paso por el mundo.

No sé si don Juan pudo percatarse de mi inmensa gratitud por sus enseñanzas, de mi afecto entrañable y de mi gran admiración, porque nunca se los hice explícitos y, tal vez, mi cercanía a otro maestro impidió que los manifestara en otro momento, seguramente, más oportuno. Sirva este recuerdo público sobre su gran valía como maestro para dejar constancia, también, de mis sentimientos.